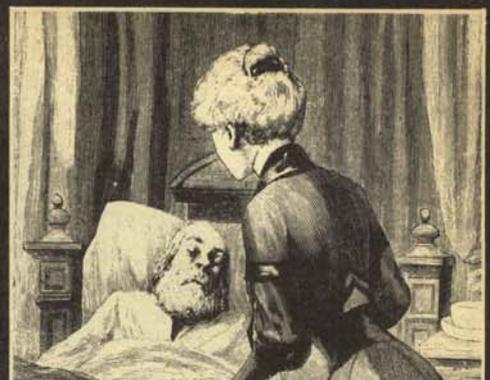




1. LEYENDA GERMANA. Capítulo XII. Adelaida llevó a su marido al castillo que poseían en la Westfalia extremeña. Todos los días, de mañanita, le limpiaba el sudor de la frente, le retiraba las heces, arrojaba la orina por el balcón a los criados y le leía la prensa diaria. A pesar de todo, el barón no mejoraba.



2. Adelaida era tan buena amante como buena esposa. Tras prodigar los cuidados dichos a su marido, iba y le prodigaba también a su amante los cuidados correspondientes. Después de retirarle las heces, limpiarle el sudor de la frente y leerle la prensa diaria, le contaba sus sufrimientos y sus felicidades.



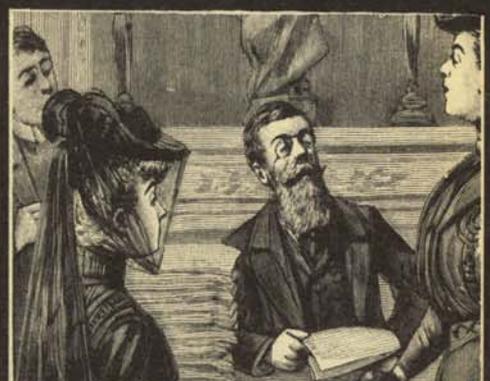
3. «¡Qué raro! —se dijo un día Adelaida cuando fue a lavarle— Hoy no tienes heces». «¡Para heces está el señorito! —aclará la doncella del barón—. Hace seis horas que no hace ninguna de sus necesidades: ni habla, ni ríe, ni llora. Sencillamente, señora baronesa, el señor barón se ha muerto».



4. Adelaida se preguntaba mientras se miraba la facha que tenía vestida de viuda: «¿Cuál es mi situación ahora con mi amante? ¿Es más o menos amante que antes? ¿Qué dice de esto la jurisprudencia? ¿Y qué la costumbre? ¿Y qué las leyes especiales? ¿Qué hago, Dios mío, qué hago?...».



5. El testamento fue leído en el mismo castillo. Adelaida pensaba utilizar gran parte de la fortuna del barón en teñir de luto riguroso el castillo y las fincas adyacentes, también propiedad de la familia. ¡Cuán diferentes iban a ser los designios de los hados, que también habían venido a la lectura del testamento!



6. El testamento lo decía claramente: «Puesto que mi mujer tenía un amante, y yo comprendo a los cónyuges engañados, lego toda mi fortuna a la esposa del miserable que me engañaba con mi esposa. ¡Ojalá sirva esto para que ella pueda encontrar la felicidad que a los dos nos han negado los hados aquí presentes».



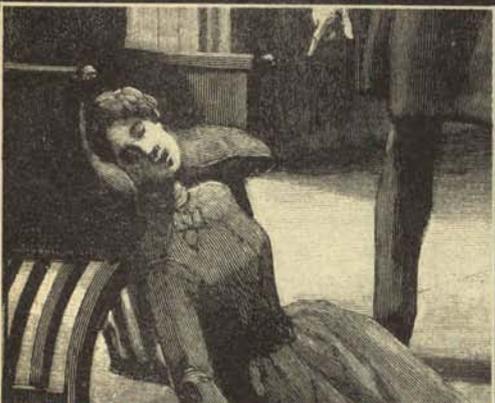
7. Adelaida se dirigió a su amante y, tras limpiarle el sudor y las heces, le dijo: «Hagamos un arreglo. Mi marido ha testado en favor de tu mujer; los bienes de tu mujer son tuyos; lo tuyo, y más en este caso, debe ser mío. Devuélveme, pues, la fortuna que me pertenece o llamo ahora mismo a un guardia».



8. El infame ex amante no aceptó la razonable proposición de Adelaida y en su egoísmo hasta la exigió la devolución de las heces que acababa de limpiarle. Adelaida no pudo soportar esa ofensa y cayó presa de arrepentimientos, al parecer, incurables.



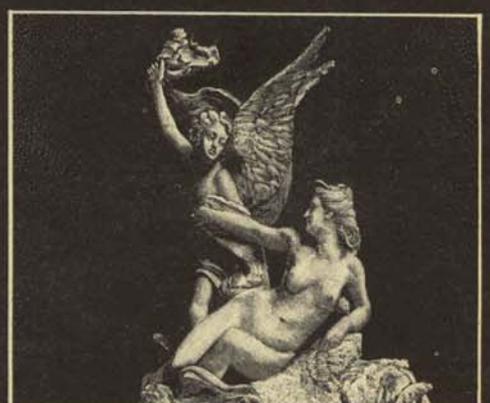
9. «¡Oh, noble esposo mío o lo que seas ahora! —lloró Adelaida ante la tumba del barón—. ¿Por qué me has hecho eso? ¡Es difícil, muy difícil para mí perdonarte el que hayas muerto en la flor de mi vida! ¿A quién retirarás las heces que tan gustosamente te retiraba a ti todos los días?».



10. Adelaida, sola y desengañada, todas las mañanas dejaba caer su cabeza en el lugar donde el barón solía depositar las heces. Allí lloraba largamente su tristeza y su soledad. El antiguo amante, reconciliado con su esposa (que, por cierto, sin que lo supiese nadie había sido la amante del difunto barón), puso una «boite» en Marbella.



11. Un día, Adelaida tomó una enérgica decisión. «Dedicaré mi vida a limpiar las heces a los pobres, a los ancianos, a los nativos de países subdesarrollados y a los paráliticos que no puedan realizar por sí mismo ese menester». Y se dirigió a un hospital de las afueras, donde llevó una vida de santificación hasta su muerte.



12. Al dar el sepulturero el primer golpe de pico en la tierra para enterrar a Adelaida, brotó el chorro de una fuente clara. Se urbanizó tal fuente, y ahora todo el que pasa, por decisión de las autoridades competentes, puede limpiarse las heces gratuita y cómodamente en unos bancos colocados al efecto.